

## Los saltos mortales: matan

Alfredo Acle Tomasini©

Cuando ocurren cambios trascendentes, nuestra atención la centramos en aquello que es más evidente, en tanto dejamos, al menos en una primera instancia, pasar otras transformaciones cuyas consecuencias no aquilatamos hasta que se nos hacen presentes. Así, las elecciones del 2000, no sólo hicieron posible que un partido diferente al PRI ocupara la presidencia de la República, sino que, además, significaron una profunda modificación al proceso de formación y renovación de los cuadros políticos. Hecho sobre el cual vale la pena reflexionar hoy día, cuando ya asoman los candidatos a la siguiente elección presidencial.

La Administración Pública Federal solía ser el principal mecanismo para formar los cuadros de reemplazo de los aparatos administrativo y político. De esta manera, los ascensos políticos ocurrían en la medida que se escalaban posiciones de mayor jerarquía, y donde, por razones obvias, la más codiciada era la presidencia. Así, desde esta predominancia del Ejecutivo como vehículo de capilaridad política, era imposible imaginar que un miembro del Legislativo o algún gobernador, pudiera ocupar la primera magistratura.

De esta suerte, hasta el sexenio de Zedillo todos los presidentes de la República habían sido antes secretarios de estado, cargos que, al desempeñarlos por varios años, le servían para abreviar experiencia y conocimientos. Proceso que, en alguna medida, se repetía con cierta regularidad en los niveles inmediatos inferiores; el secretario había sido subsecretario o director, y así sucesivamente.

Pero aun así, esta regla sufrió excepciones y hubo ascensos súbitos: Por ejemplo, en el gabinete de Echeverría se integraron individuos que no pasaban de treinta años, mientras que en el de Salinas hubieron secretarios con carreras muy breves en la administración pública. En ambos casos, eso se tradujo en saltos generacionales que implicaron el desperdicio de talento, madurez y experiencia, y en una juventud que terminó envejecida prematuramente desde una perspectiva política, amén de arrebatos y toma de decisiones equivocadas que trascendieron en la estabilidad económica del país.

Pero esto, que antaño era una excepción, en el primer gobierno de la alternancia ocurrió, por obvias razones, con más frecuencia, porque el PAN nunca antes había gobernado al país. Así, al frente de algunas posiciones de gran envergadura, quedaron personas cuya experiencia previa se limitaba al ejercicio de puestos o actividades profesionales cuya dimensión y ámbito de responsabilidad era sensiblemente menor. Hecho que también se manifestó en el Gobierno del Distrito Federal. En algunos casos, la amplitud de esta brecha ha influido en su desempeño y, en otros, determinó su renuncia.

Ni ayer, ni hoy, las personas inmersas en situaciones como las descritas, actuaron de mala fe. Pero, sus casos revelan que al individuo no le bastan sus buenas intenciones, ni sus conocimientos, ni la estima popular para ser exitoso, y que cuando se carece de experiencia y la escalera se sube de tres en tres, es más probable resbalar que mantenerse de pie.

En este sentido el caso de Creel resulta interesante, porque durante buena parte de su vida profesional fue alguien que contribuyó de manera individual, ya sea como abogado o como consejero y diputado, donde además participaba en decisiones que se tomaban en forma colegiada. Pero, pese a una breve carrera política y sin experiencia administrativa, se hizo cargo de una de los dos secretarías de mayor relevancia nacional. Esto, lo puso al frente de una estructura integrada por miles de personas, hartamente heterogénea en sus funciones y obligada a conducir un proceso de transición inédito, complejo y donde, por definición, los demás actores políticos eran igualmente novatos. Así, habría que juzgar en qué medida su polémico desempeño tiene sus raíces en este violento ascenso, y reflexionar sobre la conveniencia de que experimente uno más.

Las horas de vuelo, la suma de los éxitos y las cicatrices de los fracasos son, para cualquier persona, la única forma de enhebrar la experiencia de la vida con su talento y sus capacidades, para así crecer como ser humano y potenciar las posibilidades de trascender mediante actos que dejen huella. Pero esto, que es deseable para todo individuo, debería ser imperativo para aquellos en cuyas manos se ponga el destino de la nación, porque se corre el riesgo de que sus saltos mortales acaben con los mortales.